

Neonaturalismo epistemológico

Por Carlos Alberto Garay

Es muy difícil hablar de lo que no se sabe bien qué es. Sin embargo esto ha ocurrido frecuentemente en la mayoría de las investigaciones epistemológicas. Diferentes concepciones acerca de la verdad, la justificación o la objetividad descansan en otras concepciones aún más difíciles y oscuras. ¿Qué son las nociones, los conceptos, las ideas, las concepciones, los juicios, las proposiciones, los términos, las hipótesis, las teorías, las investigaciones, las inferencias, las deducciones, las generalizaciones, las observaciones?. ¿De qué se trata, en fin, todo el aparato conceptual que utilizamos para explicar y comprender el conocimiento?

Veremos pronto que las distintas aproximaciones al tema dieron distinto lugar y distinto valor a cada uno de esos elementos. Para Aristóteles y para Descartes la ciencia era básicamente un sistema deductivo. Para los escépticos y para los empiristas modernos y contemporáneos la observación y el contacto con la realidad empírica era lo primordial. Pero en todos los casos las descripciones de la ciencia y las repuestas a las preguntas epistemológicas fueron extremadamente simples, pues dejaban a otros la pesada tarea de explicar los términos que ellos utilizaban.

La epistemología es obviamente reflexiva, igual que toda la filosofía. No escapa de sí misma. ¿Por dónde empezar entonces?. ¿Qué resolver primero?. Las respuestas a estas cuestiones definen en gran medida el rumbo del pensamiento epistemológico. Determinan a dónde irá uno a parar.

Los problemas epistemológicos involucran todas las formas de conocimiento, incluyendo a la misma epistemología, pues pedimos que el epistemólogo pueda dar cuenta de sus propias ideas. Pero, ¿cómo hacer esto?. Bien. Propongo renunciar a la pretensión de autonomía de todas y cada una de las formas de conocer. De cada ciencia particular, de cada sistema filosófico, del peculiar modo vulgar de conocimiento, y aún de cada sistema dogmático sea de origen religioso, mítico o ideológico. Y lo propongo como condición para la elaboración de un proyecto epistemológico. Las disputas se transforman así en contribuciones. En vez de empeñarnos en demostrar que alguien no tiene razón, parece más constructivo, más conducente, trabajar sobre qué parte de verdad inspiran y fundamentan los propios trabajos epistemológicos. Un gran aporte en esta dirección transdisciplinaria y transfilosófica lo dio Mario Bunge al poner de manifiesto que no hay ciencia sin sociedad, sin historia, sin lenguaje y sin cerebros. Lo que ocurre es que cuando queremos reunir todos estos aspectos en una totalidad coherente encontramos enormes dificultades, no siendo la menor de ellas el

requisito de informarse de los estados respectivos de la cuestión. Esta condición es importante porque la solución de gran parte de los problemas epistemológicos depende de nuestras creencias sobre lo que sucede en otras áreas. Por ejemplo, la convicción compartida por muchos epistemólogos de que las diferentes ciencias constituyen sistemas de enunciados organizados lógicamente, hace depender a la epistemología de una filosofía del lenguaje y de una filosofía de la lógica. La filosofía del lenguaje se ocupará de la naturaleza de los enunciados y la filosofía de la lógica de la naturaleza de la logicidad. A su vez, las filosofías del lenguaje y de la lógica dependen en parte de una filosofía de la mente, a menos que cada una de ellas reclame para sí una absoluta autonomía. Pero en ese caso sus resultados no podrán ser criticados, sino solamente utilizados. Su falta de adecuación para la filosofía de la mente será un problema para la filosofía de la mente, y no para la filosofía del lenguaje y de la lógica, pues si cada disciplina es autónoma y sus explicaciones resultan satisfactorias internamente eso ya basta. Y otro tanto ocurre con la filosofía de la mente respecto de la epistemología. Pero no creo que ya en estos tiempos haya muchos filósofos que defiendan autonomías absolutas para sus campos especulativos. Más bien la tendencia consiste en poner de manifiesto la trama de problemas en la que una teoría filosófica se encuentra involucrada. Algo de esto es lo que me propongo hacer en este libro. En último término quizás tenga razón Kant al proponer que toda la filosofía, en el fondo, depende de la antropología. La meta sería pues descifrar la naturaleza humana, pensamiento y lenguaje incluidos. Los positivistas lógicos sostuvieron explícitamente una teoría del significado como parte de su pensamiento epistemológico. Popper, aún negando toda importancia a los problemas lingüísticos, consideró las hipótesis y teorías científicas como sistemas de enunciados. Y ambos otorgaron a los procedimientos deductivos un papel absolutamente central. Yendo aún más lejos, Kuhn, Feyerabend y los sociólogos de la ciencia tampoco renunciaron a esta dependencia, aunque alcanzaron a ver con claridad que para comprender la naturaleza y desarrollo de la ciencia era preciso incorporar elementos ajenos a la lógica y a la teoría del lenguaje. Este tipo de dependencia puede apreciarse vívidamente en la obra de Quine, cuyo holismo proviene directamente de consideraciones lingüísticas. En filosofía de la lógica tenemos un panorama similar. Los primeros capítulos de cualquier manual de lógica elemental están dedicados a examinar cuestiones relativas al significado de los conectivos y los cuantificadores y a la naturaleza de las oraciones, proposiciones y enunciados. Aún los textos de lógica avanzada comienzan con una serie de suposiciones acerca de los objetos que están manipulando. No hay duda de que la gran mayoría de los filósofos están de acuerdo en que la epistemología estudia una forma peculiar del pensamiento humano y que, por ello, resulta imprescindible utilizar supuestos sobre el lenguaje y la lógica o, en algunos casos, desarrollar explícitamente teorías lingüísticas y lógicas con ese propósito. Y así como los supuestos lógicos y lingüísticos influyen fuertemente sobre el pensamiento epistemológico, de la misma manera ocurre cada vez que se añade

cualquier otro elemento extralógico o extralingüístico. Al introducir, por ejemplo, una dimensión histórica, ¿de qué historia estamos hablando?. Lo que sugiero es asumir las responsabilidades derivadas de esta situación, es decir, debilitar los límites de la pertinencia epistemológica que durante siglos estuvieron confinados a la lógica, luego a la lógica más la teoría del lenguaje, y luego a la lógica, el lenguaje y la historia. Ahora no sólo se puede, sino que se debe incluir, por lo menos, al resto del conocimiento científico tal como nos es dado. Es decir, como el resultado del trabajo y el esfuerzo de personas concretas, con un sistema nervioso inmerso en la historia natural y en la historia cultural. Los científicos no son agentes u actores sociales de cuerpo hueco, como dice Bunge. Lo que hacen lo hacen determinados, en parte, por acontecimientos y procesos que tienen lugar dentro de sus cabezas. Y esas cabezas tienen una historia filogenética y ontogenética que será necesario tener en cuenta a la hora de explicar sus capacidades y debilidades.

La mayor parte del trabajo epistemológico del siglo XX descansó sobre el supuesto de que las unidades de análisis han de ser las teorías (aún dentro de un paradigma o como producto de presiones y componentes sociales). Y la visión generalizadora sobre las teorías las describe como sistemas lógicamente organizados de enunciados (o proposiciones, u oraciones). Creo que este es un punto de vista que requeriría mucha argumentación. Desde la prioridad dada por el positivismo lógico a los enunciados observacionales por encima de las observaciones, pasando por las objeciones lógicas de Hempel al inductivismo, y llegando al extremo de la concepción estructural de las teorías, hemos sido testigos de la obsesión filosófica por el lenguaje. Las discusiones sobre la inconmensurabilidad de los paradigmas y cuestiones semánticas similares han provocado el oscurecimiento de algo que debería ser esencial para el pensamiento epistemológico en tanto parte de la filosofía: el punto de vista general y global. Debe quedar en claro que no pretendo minimizar el papel del lenguaje y de las cuestiones lingüísticas en torno a la ciencia. Estas cuestiones son enormemente complejas, y seguirá siendo necesario, por mucho tiempo, que las sigamos investigando intensamente. Lo que pretendo subrayar es el simple hecho de que eso no es todo y que, probablemente, las cuestiones semánticas en particular no se resolverán con más semántica, es decir, no se resolverán a priori.

Los problemas epistemológicos son mucho más difíciles de resolver de lo que la mayoría de los epistemólogos creen. Los temas generales y tradicionales de justificación, verdad, racionalidad, objetividad y progreso, y los más específicos como la inconmensurabilidad o la subdeterminación de las teorías involucran cuestiones que exceden por lejos los límites de la lógica, del lenguaje y de la historia. Por esto creo saludable naturalizar la epistemología en el marco de una naturalización general de la filosofía.

Naturalizar la filosofía implica reconocer la verdadera dificultad de los problemas filosóficos. No implica negarlos, o creer que son pseudoproblemas. Los filósofos no son delincuentes ni enfermos. En algunos casos padecen de cierto engreimiento, sobre todo cuando

parecen situarse fuera del mundo y gozar de una perspectiva privilegiada y definitiva. Naturalizar la filosofía implica que sus afirmaciones serán más modestas, endebles, transitorias y perfectibles.

Paralelamente, naturalizar la epistemología también implica reconocer que sus problemas son en extremo difíciles y que cada nueva formulación y reconfiguración de los mismos lleva implícitamente alguna ganancia. El epistemólogo naturalista no se encuentra en ninguna posición privilegiada sino en medio de una empresa colectiva en la que muchos otros tendrán elementos para aportar. Una empresa en la que no importan los límites disciplinares. Pero, entonces, ¿en qué se diferencia la filosofía de cualquier otro emprendimiento cognoscitivo?. En nada. El debilitamiento de los límites consiste precisamente en esa falta de diferenciación. Como mostró Aristóteles en el Protréptico, nadie puede escapar a la filosofía. Los filósofos filosofan, y los que niegan la filosofía también filosofan. Ignorar la producción de los que se dicen filósofos no ayuda. Se supondrá una filosofía sin mencionarla, sin examinarla, sin criticarla. Pero allí estará presente. Naturalizar la filosofía no será negarla, sino reconocer que los demás también filosofan y que sus razones no son de menor peso que los argumentos trascendentales, los experimentos mentales o los análisis escolásticos.

Haber introducido elementos históricos y sociales en la epistemología constituyó el primer paso concreto en una dirección naturalista. El siguiente puede muy bien consistir en introducir datos sobre los mismos investigadores. No solamente dónde nacieron ni qué influencias sociales y culturales recibieron durante su formación. Sino datos sobre cómo adquieren, procesan y almacenan los conocimientos en sus cabezas. Es una gran tarea, sin duda. Pero es una tarea sin la cual la epistemología estaría incompleta pues se vería forzada a suponer que ocurren de una manera u otra. Mi sugerencia incluye reducir al máximo el margen de arbitrariedad en estas suposiciones prestando atención a los puntos de vista de quienes trabajan en áreas distintas de la epistemología.

Algunos intentos previos en este sentido, como la filosofía científica positivista o, más recientemente, el conexionismo de los Churchland, han exagerado el punto. Las consideraciones finales de Feyerabend en el Tratado contra el método muestran a la ciencia como una forma de vida entre otras. Sin ningún derecho especial para convertirse en único árbitro de los problemas humanos. Y el diagnóstico es esencialmente correcto, sobre todo si se lo contrasta con la enorme dificultad que encierran estos problemas. El naturalismo que propongo no tiene necesariamente que ser científicista, ni fisicalista, ni materialista. Estas cuestiones están aún lejos de poder siquiera formularse adecuadamente sin analizar la información disponible. Y parte de la tarea filosófica debería incluir el acceso a esa información que, por ahora, todavía está en manos de otras personas que no se consideran filósofos, aunque, como dije, no pueden evitar serlo. "Naturalismo" significa aquí, pues, una forma de cooperación intelectual, una baja en las reacciones defensivas de los límites disciplinares.

El primer paso consiste en renunciar al apriorismo. Por ejemplo, no

considerar una propuesta impertinente por principios o por definiciones, salvo provisionalmente, hipotéticamente o metodológicamente. Durante años se habló en Lógica de los juicios como síntesis de conceptos. No se admitieron consideraciones psicológicas sobre la formación de conceptos con la excusa de que la Lógica sólo se ocupaba del producto pero no del proceso. Se admitía, pues, el producto (juicio, síntesis) como un hecho innegable e irreprochable. Incluso algunos llegaron a pensar que hablar de juicios ya era demasiado psicológico y que, por lo tanto, convenía hablar de proposiciones. Así, parecía más clara la distinción entre los procesos psicológicos de inferencia, por un lado, y las relaciones de deducción, por otro. Dadas así las cosas, es evidente que los psicólogos jamás alcanzarían a hablar de los juicios o proposiciones de las que hablaban los lógicos. Lo que se dice toda una desgracia producto de una rígida división de fronteras.

Hay seres humanos que son músicos. Y otros que no lo son. Unos de otros se distinguen por el tipo de actividades a las que se dedican. Los músicos practican cotidianamente ejercicios de audición y ejecución obteniendo habilidades y destrezas que no poseen los demás. De igual modo, hay seres humanos que son científicos y otros que no lo son. Unos de otros se distinguen en parte por el tipo de actividades a las que se dedican. Los científicos se dedican profesionalmente a la obtención de nuevo conocimiento. Tomemos como ejemplo por un momento al músico más talentoso, genial y creativo y al científico más productivo. No importa de quiénes se trate. El punto crucial consiste en admitir que parte de sus habilidades se deben al ejercicio cotidiano de sus actividades. A simple vista no parece un punto difícil de sostener. Sin embargo existen enormes diferencias filosóficas sobre cómo describir esas actividades. Matices aparte, denominemos a un extremo de estas formas de describirlas “modo filosófico tradicional” (MFT, para abreviar), y al otro, “modo naturalista” (MN). Según el MFT tienen que existir al menos dos órdenes de fenómenos completamente distintos, aunque relacionados de alguna manera. Por un lado, los sistemas sensoriales y motores del músico intervienen sólo en una parte de la descripción. En realidad intervienen en la parte menos interesante: la de hacer público, o tomar del entorno, el producto de la creación artística. Pero por el otro lado tanto la creación como el mismo producto de la creación tienen lugar en su mente. El músico concibe en su mente una melodía y luego ejercita los músculos pertinentes, según el instrumento que ejecute, con el fin de transformarla en audible para los demás. No interesa en este momento si la leyó de una partitura o la creó. Lo importante es que la concepción y elaboración de la melodía pertenece a un género de fenómenos, y que el trabajo de adquirir destreza en la ejecución pertenece a otro género completamente distinto. Tanto en la adquisición de la destreza como en la concepción interviene su sistema nervioso. De otra manera sus músculos no podrían moverse. Pero el sistema nervioso interviene sólo secundariamente, puesto

que el producto, es decir, la melodía, no está hecha de tejidos nerviosos y los músculos se ejercitan para someterse al poder normativo del concepto. Puede decirse que el nivel mental emerge a partir de la actividad nerviosa, o que es causado por la actividad nerviosa, o que está relacionado de alguna manera con la actividad nerviosa. Pero lo que no puede decirse es que consista en la actividad nerviosa. Análogamente, el científico piensa y crea la ciencia en su pensamiento. Sus decisiones son racionales porque están de acuerdo con las pautas lógicas que rigen a la ciencia en general. Las acciones y operaciones que tienen lugar durante el trabajo de campo no forman parte del pensamiento. Es la lógica del pensamiento, vigente en todo tiempo y lugar, la que rige sus acciones.

La versión del MN es mucho más compleja y ofrece muchas menos respuestas. No hay dos órdenes de fenómenos, sino solamente uno. La concepción de la melodía y el hacerla pública mediante la ejecución no son dos clases de procesos distintos

Distinguiremos distintos niveles de organización en el sistema nervioso para poder visualizar dos cosas: a) la dificultad de la tarea, y b) cómo podría modelizarse su funcionamiento mediante herramientas matemáticas manejables con la actual tecnología.

Luego, discutiremos los niveles de análisis propuestos por David Marr para ayudarnos a comprender cómo podría organizarse la investigación epistemológica de manera que sus frutos vayan madurando con la mayor seguridad posible de acuerdo con nuestra experiencia.